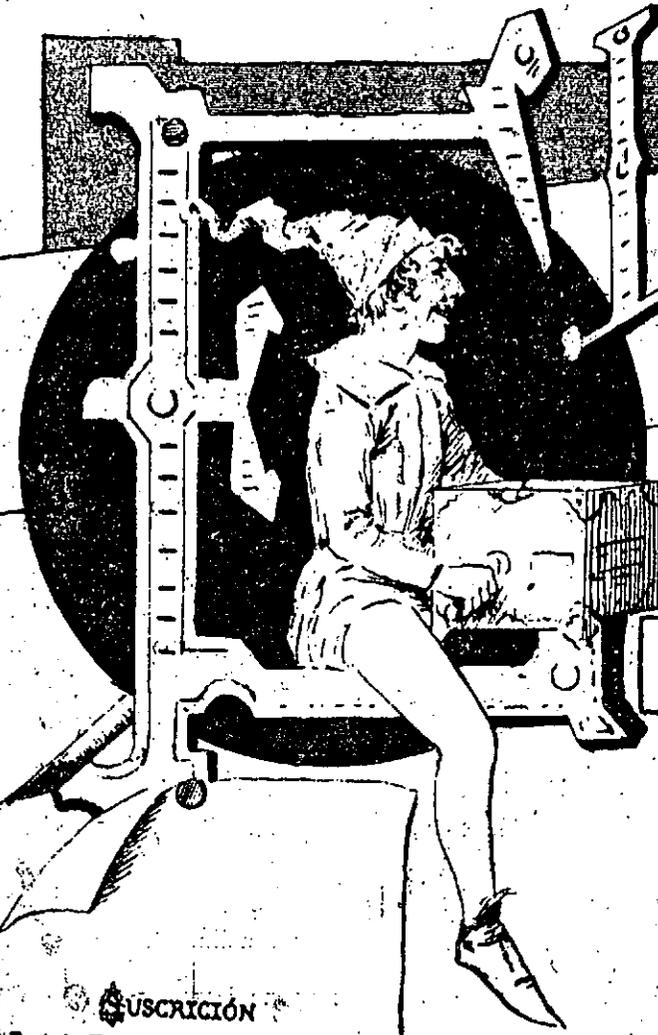


# Organillo.

Director literario: Carlos Felices Andujar.  
Director artistico: Antonio Bedmar.



**SUSCRICIÓN**  
 En toda España. un mes... 1 pta.  
**PAGO ADELANTADO**  
 se publica los días 7, 15, 23  
 y último de cada mes.  
 Redacción y Administración  
**PRINCIPE, 64, PRAL.**

*A. Bedmar*

## POETAS ALMERIENSES Antonio Ledesma

Es además de orador  
 concienzudo y elocuente-  
 correcto como escritor  
 hasta la pared de enfrente  
 Y aquí se le considera  
 con razón, por que es verdad,  
 como un vate de primera  
 calidad.

*Lit. L. Brabo, Desengaño 14 y Sandoval, 2.*



## PROGRAMA.

TEXTO.—Sinfonía, por A. Prieto.—Agencias matrimoniales, por El Forastero.—La confesión, por Antonio Ledesma.—Del diario de un joven, por Fermín Gil de Almagro.—El señor de Borrego, por Antonio Fernández Navarrete.—¿Qué hago? por Carlos Felices Andújar.—Música celestial.—Correspondencia.

GRABADOS.—D. Antonio Ledesma, por A. Bedmar.—Reflexiones, por A. Bedmar.—Cosas de ellas, por A. Fernández.—Las buenas hembras, por A. Bedmar.

## SINFONIA

Fuera de que ha llovido  
y de que ahora hace un viento insoportable  
(pues eso me lo callo por sabido),  
el hecho más notable  
que en la anterior semana ha sucedido,  
es, como sabe la ciudad entera  
y prueba el testimonio respetable  
de los datos que tengo en mi cartera,  
el de haber arribado  
á nuestro puerto el miércoles pasado  
un buque que nos honra, un *Cocodrilo*,  
que acaba de ganarse dignamente  
los títulos de intrépido, valiente....  
y otros por el estilo.

—¿Que si los ha ganado? ¿Quién lo duda?  
¡No es un buque cualquiera  
aquel á quien saluda  
entusiasmada la nación entera,  
ni puede ser juzgado de otro modo  
el que lo expone todo  
por mantener en alto su bandera!

Mas dejemos á un lado estas cuestiones  
y será lo mejor, porque he nota lo  
que se me van hundiendo los talones  
en terreno vedado.

Para narrar patrióticas acciones  
mi musa es en extremo desabrida,  
y calza por desgracia pocos puntos;  
tanto, que yo en mi vida  
he sabido tratar estos asuntos.  
Canten pues en su honor esos poetas  
cuyas musas discretas  
esgrimen el estilo altisonante.  
Ese género en mi no tiene arraigo;  
pues, lo que yo me traigo...

¡demasiado lo sé! no es canto, es *canti*!  
Por eso, en el lenguaje liso y llano  
que se halla en consonancia con mi estilo  
vulgar y chabacano,  
digo á la dotación del *Cocodrilo*:  
—Olé ya, por los hombres de valía,  
de corazón templado y de salero  
que saben demostrar, siempre en su día,  
con ademán enérgico y severo,  
que allí donde tremola  
la bandera española,  
la debe respetar el mundo entero!

Ahora debo acabar el parrafito  
diciendo en alta voz que felicito  
al Ateneo y Centro de Almería.  
Decir por qué razón no necesito;  
que sí nó... ¡jelara está que lo diría!  
Solo expoudré, para provecho suyo,  
cierta verdad, que, á mi entender es una,  
de las muchas que dijo Pero Grullo;  
y es esta (ita mejor sin duda alguna)  
que quien honra al valor y al patriotismo,  
y los pone en los cuernos de la luna,  
sin quererlo tal vez se honra á sí mismo.

Me he visto en un apuro  
que merece el honor de ser contado;  
yo sé que era de noche, mas no juro,  
porque de ello no me halló muy seguro,  
si fué el viernes ó el sábado pasado...

Hállame tendido en mi camita,  
soñando... ¿en que soñaba?...  
Ah, sí; ya sé! (memoria más maldita)  
soñaba que el Sultán se retractaba

de haber hecho las paces con la tierra  
en que él siempre tendrá puestos sus ojos,  
y pedía la guerra  
mostrando en su ademán fieros enojos.

De pronto desperté... ¿Qué sucedía?  
con la señal de alarma, una campana  
de la noche la paz interrumpía...  
Levanteme intranquilo  
para abrir presuroso la ventana  
y, como ya sabía  
que se hallaba en el puerto el *Cocodrilo*,  
pensé, lleno de miedo, si sería  
que toda una falange mahometana  
en su busca venía  
y entraba en Almería  
zurrándonos á todos la badana.

Por no hácerme notar soplé á la vela;  
me asomé á la ventana y... ¡Eh! sereno,  
dijo con voz de trueno  
cuando pasó el nocturno centinela—  
¿qué tiene esa campana condenada,  
que así ha dado en tocar á degollina?  
Y él contestó con calma:—Pues no es nada:  
que se quemó una casa en la Almedina.  
Cesaron mis apuros  
con esta explicación tan elocuentemente  
pensé en las compañías de seguros,  
y me volví á acostar tranquilamente.

A. PRIETO

## AGENCIAS MATRIMONIALES

Dichoso siglo XIX, el de la luz, el de los progresos,  
el del vapor, la electricidad, la sociedad protectora  
de los animales y las agencias matrimoniales!

Sobre todo la protectora y las agencias, son dos  
instituciones que imprimen carácter.

Por eso en París no se pueden aclimatar las corridas  
de toros.

Como que la protectora se opone á esos espectáculos  
córneo-sanguinolentos.

Si se tratara de cuernos domésticos...

Pero no involucremos las cuestiones.

Eso de *pelar la pava*, de rondar la calle, de pedir  
la mano, son antiguallas.

El matrimonio es un contrato.

La sociedad presente es mercantil por excelencia.

Y por ende el enlace de dos seres, el *consortium  
omnis vite*, debe ser cuestión de tráfico.

Y así como hay agentes de negocios, y agentes  
de bolsa, debe haber y hay corredores matrimoniales.

Es decir, *Celestinos* públicos, dedicados á la explotación  
del *creúcite et multiplicámini*.

A este pensamiento de correduría erótico-mercantil,  
obedece la creación de las agencias matrimoniales.

En Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia  
y sobre todo en los Estados Unidos, las agencias son  
instituciones sabiamente planteadas y al amparo de  
la ley.

Allí se conciertan bodas al por mayor y no es  
raro que se coticen divorcios por todo lo alto.

Es la teoría de las compensaciones, puesta en  
práctica por los pueblos que marchan al frente de la  
civilización.

Las agencias son foco de felicidad *metálica*, digámoslo así.

Como que ante todo lo que conciertan no son las  
voluntades, sino la *pasta física*.

O el vil metal, como dicen los cursés.

Allí hay machos y hembras para todos los gustos  
y para todas las fortunas y las edades.

Niñas aristocráticas con una leve *mancha* de familia, viudas sin antecedentes penales, jamonas prehistóricas, solteronas por prescripción inmemorial, jóvenes sentimentales y flamencas de ultratumba, ó de ultramar, que para el caso es lo mismo.

De ellos los hay escapados de presidio y otros excesos, pero todos dispuestos á sacrificarse por adquirir una compañera *metálica*.

Desde que la empresa acerca á los futuros cónyuges, ya los deja entenderse; pero en cuanto se firma el contrato, cobra la prima.

Y después, que se rompan la crisma.

La primera escena suele ser sensible.

Ella barrunta que no será tan feliz como la hizo su quinto consorte.

Y él se estremece ante la idea de que lo eleven algún día al signo de capricornio.

Lo cual suele ser una predestinación; con agencias ó sin ellas.

Por aquí no las tenemos todavía, pero se generalizarán; vaya si se generalizarán!

Por de pronto, hay aquí algún joven, que debe ser doctor *in utroque bruto*, y que está en activa correspondencia con dos ó tres agencias francesas.

Una le ofrece la mano de cierta joven dramática que tiene un divieso mayúsculo en salva sea la parte.

Pero lleva una dote de cien mil francos.

Otra empresa, le brinda la diestra de una viuda bien puesta, de libras, y que no tiene otro defecto que haber dado pasaporte á cuatro maridos, sistema Eiffel reforzado.

Esta tiene títulos de la Deuda turca.

Y es lo que dice nuestro joven:

— ¡Eres turco y no te creo!

O mejor dicho; no me fio.

La otra empresa hace proposiciones más seductoras.

Se trata de una jamona *culote*, vamos, de cuarenta y cinco años, de buena presencia, de mejor posición; pero con una ligera falta.

Se dice que tiene diez sobrinos... carnales.

Pero se ignora la procedencia.

Lo que no consta es si nuestro joven aceptará alguno de estos partidos.

Aunque es de temer que sucumba al influjo del camino... por los cuartos.

EL FORASTERO.

## LA CONFESIÓN

### POEMA MICROSCÓPICO

#### CANTO I

Juan la amó; fué imposible; era casada.  
Ella le rechazó severa y fría;  
Pero aumentóse su pasión impia,  
Y huyó Juan con el alma desgarrada.

#### CANTO II

Nadie supo más de él; triste, agitada,  
Inés pasó dos años de agonia;  
Amaba á Juan ausente, se veía  
Del peso de su culpa anonadada.

#### CANTO III

A la iglesia de un viejo monasterio  
Inés, á confesar, llegó, temblando;  
Se acercó á la regilla con misterio;  
Contó á Fray Juan su amor, su amor nefando,  
Un grito resonó en el Presbiterio  
Y se quedaron ambos sollozando.

ANTONIO LEDESMA.

## DEL DIARIO DE UN JOVEN

*Julio, veinte.*— ¡Vaya un tino el que tiene mi mamá para hacer venir á acá sirvientas de corte fino!

Lo que es como se le autoje, las busca que ni pintadas. ¡Pero, señor, que criadas; parece que las estroje!

Sa mucho tacto acredita la que buscó antes de ayer. ¡Nicanora!... ¡qué mujer! ¡qué graciosa y qué bonita!

Lo raro es que Nicanora está muy bien educada; no parece una criada, ¡eh! ¡parece una señora!

¡Una siempre una manera de contestar!... ¡y un agrado!... ¡Vamos, yo estoy admirado! ¡Tanto que si ella quisiera!...

*Julio, veintidós.*— ¡Nada! ¡lo mismo que yo temía! resulta que cada día me gusta más la criada!

¡Pone los ojos de un modo para mirar á cualquiera!... ¡se expresa de una manera y... ¡es tan guapa, sobre todo!

Ya hace días que me acusa el deseo decidido de deslizar en su oído alguna frase amorosa;

pero por mi mala estrella no es tan fácil la cuestión. ¡Si yo hallara una ocasión de hablar á solas con ella!...

*Julio, veintinueve.*— ¡Creo que la suerte me depara el único medio para conseguir lo que deseo.

Viénumelo á sugerir... (¡qué rareza!) ¡los mosquitos! Como anoche los malditos no me dejaron dormir, cometi la tontería de pasar la noche entera chamuscando, "hecho una fiera", mosquitos con la bujía.

He sido pues un simplón, pues vengo á acordarme ahora de que pudo Nicanora hacer esa operación.

¡Querrá esta noche mi estrella que haya mosquitos? ¡Me escamo! ¡Pero si los hay, la llamo para que los mate ella!

*Idem, por la noche.*— ¡Ingrata! ¡Por mi parte me he lucido! Confieso que me ha salido el tiro por la culata.

Aún hace pocos instantes que ha estado aquí Nicanora convertida en cazadora de mosquitos *trashumantes*.

Pensé tenerla en la red, y mientras ella quemaba los mosquitos que encontraba parados en la pared,

la dije, como en secreto, algo que no le gustó. Lo cierto es que contestó con un "¡estése usted quieto!"

¡Llaméla entonces *húrt y sol, y cielo, y paloma*, acompañando la broma con un abrazo... ¡hasta allí! ¡mas ella, viendo sin duda

su dignidad ultrajada, me ha dado una bofetada... ¡pero cómo!... ¡pistonuda!

¡Eh! ¡qué tal la Nicanora que tan buena parecía! ¡Esa es la que yo decía que era toda una señora!

¡Es invencible! ¡Qué fiera! ¡Bien puede seguir así, porque, lo que es para mí, ya... ¡como si no existiera!

*Julio, treinta.*— De prudencia hace la chica un *derroche*. La bofetada de anoche no ha tenido trascendencia.

Tanto silencio me admira en una simple criada; paso por su lado y... ¡nada! ni la miro, ni me mira.

*Julio, treinta y uno.*— ¡Vanes! ¡yo ya no sé qué pensar!... ¡La chica es loca de estar! me quiere ó no? ¡en qué quedamos!

Ayer se obstinó en seguir indiferente del todo, y hoy me mira ya de un modo difícil de resistir.

Con miradas indecisas y sonrisitas, me ofusca, y hasta parece que busca que conteste á sus sonrisas.

¡Si esto no unida de aspecto voy á perder la paciencia! ¡Será que mi indiferencia le habrá producido efecto!

*Agosto, primera.*— Sou las dos de la madrugada. Mi familia está acostada. Yo velo en mi habitación.

Echarme á dormir no puedo, pues la inquietud me devora; tanto, que me encuentro ahora casi temblando de miedo.

Temo que algún malhechor se haya en la casa escondido, pues hace rato he sentido pasos en el corredor.

Esto se pone muy grave... notó ahora mismo, temblando, que hay alguien que está mirando por el ojo de la llave.

Toda mi sangre está yerta y quiero disimular... ¡Cielos! ¡acaban de dar un golpecito en la puerta!...

Un sudar copioso y frío inunda mi cuerpo entero... ¡Vuelta á tocar!... ¡yo me muero!

¡Debo abrir!... ¡Qué hará, Dios mío! ¡Si! ¡Demostraré si quiera que tengo sangre española! Cargaré bien la pistola y... ¡salga lo que Dios quiera!

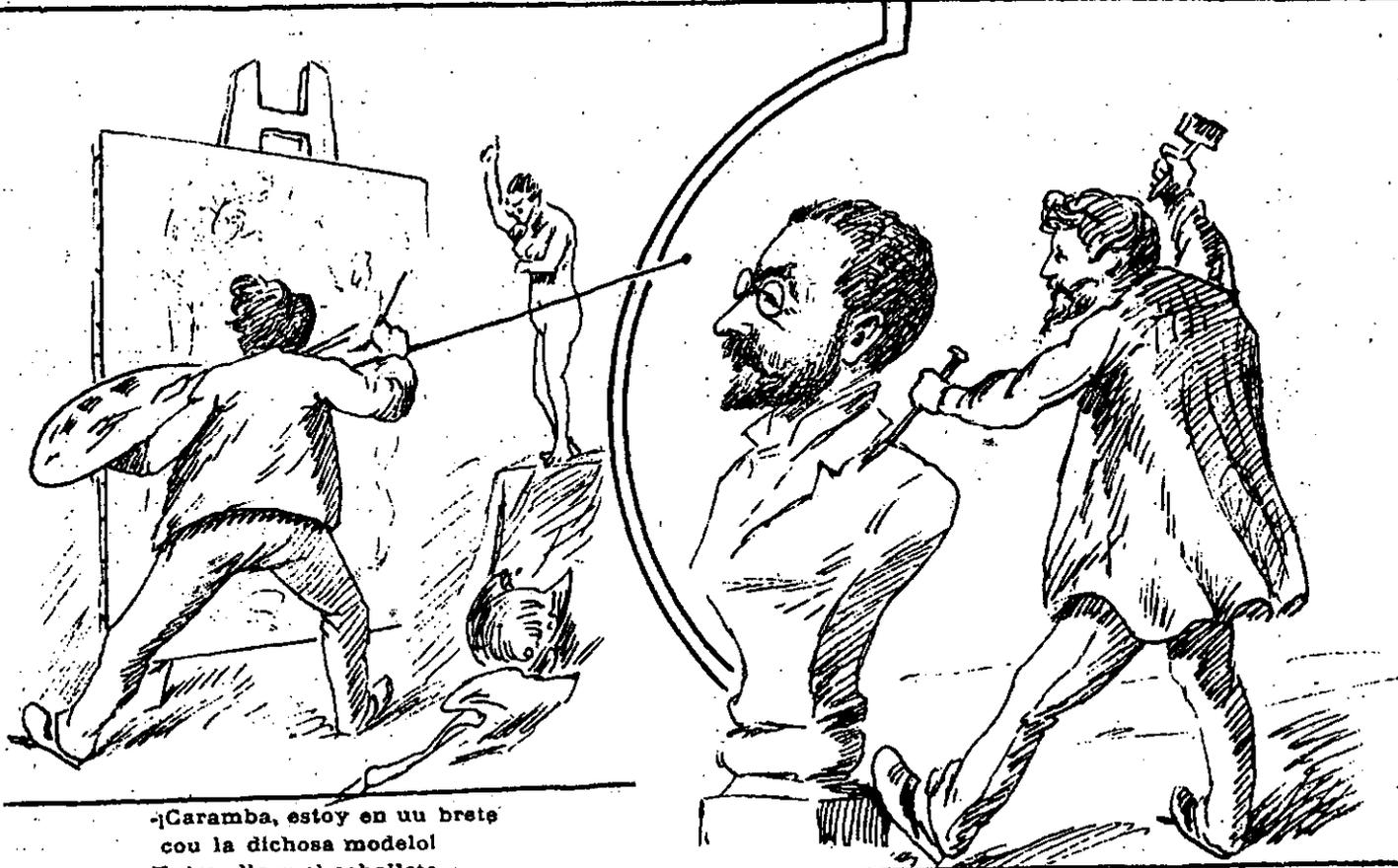
*Agosto, dos.*— ¡No era nada! con el miedo me ofusqué; quien llamó á la puerta fué Nicanora ¡la criada!

La pobre se iba á acostar, y, antes de hacerlo, venía á preguntar que si había mosquitos que chamuscar.

Ella no quiere que pene con esos bichos malditos... ¡Lo malo es que habrá mosquitos hasta el verano que viene!

FERMIN GIL DE AINCILDEGUI.

1888



-¡Caramba, estoy en uu brets  
cou la dichosa modelol  
Entre ella y el caballete  
me quieren tomar el pelo!

-Nada. dos golpes más y me  
resulta de un efecto mágico.  
¡Maldito cincell! Solo siento  
que se me escape.



-Por fin saltmos de apuros  
con lo de todos los años,  
Me han sentado bien los baños  
y haora me fumo mis puros.



-¡Qué ORGANILLO! ¡Es un atleta  
en el género festival!...  
(Suscripcion: una peseta.)  
¡Caramba. pues me susribol

-De que tu me amas, Antonio  
no me cabe duda ya,  
(El papá al paño) Demoniol  
¿y por qué no le cabrá?



-Muéstrate siempre con el apasionada y rendida-  
pero no te hagas de miel por que pierdes la partidial ,



Va con paso diligente  
luciendo el cuerpo elegante.  
¡A ver quien es el valiente  
que se le pone delante!



¡- Hombre, por Dios!  
- No hay remedio!  
Y en mis cuentas con Teodora  
no se ponga usted en medio  
porque la paso, señora!



- ¡ Mil bombas! ¿Yo, su marido,  
consentir que me la pegue?..  
¡ Ira de Dios! la divido!  
la divido en cuanto llegue!



- ¡ Como yo cojera al Sultan de Marruecos por mi cuenta, les digo á ustedes que le quitaba las ganas de armar camorra..



A las mujeres

## EL SEÑOR DE BORREGO

## APUNTES PARA UN RETRATO

Es hombre que pasa de los cincuenta; pero está tan bien conservado, que serán muy pocas las personas que se atrevan a decir la edad que tiene, á no tener á mano la partida de bautismo de este señor de Borrego; y eso no es cosa fácil, porque ese justificante está en una parroquia de la provincia de Soria, y ya veis que hay mucha tierra de por medio.

Su fisonomía es de esas que se ven todos los días por ahí: nariz regular, tal cual la boca, un bigote corto y ancho y una perilla que parece hecha á pincel.

Es pequeño de cuerpo, no muy grueso y un tanto cargado de espaldas.

Ese defectillo y la costumbre de llevar un poco inclinada la cabeza hacia el suelo le dan todo el aspecto de un hombre que ha perdido alguna cosa y la anda buscando continuamente.

Peró eso no es más que en la apariencia; porque en realidad al señor de Borrego nunca se le ha perdido nada, lo que se llama nada. Lo que sí le ha ocurrido es encontrarse lo que otros perdieron. En cuanto á él, les digo á VV. que *ni esto!* ¡Lo que es á guardadoso le han ganado pocos!

Desde que entró como dependiente en un tenducho de quincalla, hasta que ya rico abandonó el comercio, no hizo otra cosa que guardar, y guardar siempre; los ochavos, antes que todo, se entiende; y luego el papel de envolver ya usado, los pedazos de bramate, los clavos inservibles, los trastos viejos, los tapones de corcho, todo: retazos, desperdicios, recortaduras, en fin, lo que otros echan al arroyo, él lo guardó siempre, y eso lo convirtió en reales, en pesetas, en... Y hoy ¡oh, milagro! todo aquello, que si pudiera juntarse formaría un enorme montón de basura, está convertido ya en onzas de oro.

Y ese dinero lo presta él ahora á mucha gente, sí, señor, con muy buena voluntad, y sobre todo, con muy buenas... hipotecas!

Desde que abandonó el comercio hasta el día, sus costumbres han sufrido algunas notables modificaciones. Ya ha desaparecido de su petaca la inseparable cajetilla de picadura fuerte, y han venido á sustituirla los cigarrillos de la «Isabela». Para fumarlos usa una boquilla de madera de cerezo, que limpia diez ó doce veces por día. Pero como todas las acciones humanas se prestan á maliciosas interpretaciones, ya hay quien dice que emplea la boquilla con el solo objeto de no dejar ni residuos de los cigarrillos de la «Isabela».

Ya no usa tampoco el Sr. de Borrego, aquel eterno pantalón de hilo á rayas, ni la inolvidable chaqueta de paño azul: ambas prendas han pasado al guardaropa de D.<sup>a</sup> Justa, (su ama de gobierno).

Como esta señora tiene unas manos que ni de oro para volver lo de arriba á abajo, la chaqueta la ha trasformado en un hermoso saco, que ella usa para andar por casa en la estación de invierno; y el pantalón, le ha venido que ni de perlas para completar su traje de baño.

Confieso que no se puede hablar del señor de Borrego sin hablar también de D.<sup>a</sup> Justa ó Justita, como él la llama. Es su ama de gobierno y á la vez cocinera, planchadora, sastra, y hasta su consejera; y más que nada, su ojito derecho. En fin, que ella lo es todo desde hace años. Aunque ella es andaluza y él castellano viejo, y en su juventud ambos eran de opues-

tos caracteres, sea por adaptación, ó por lo que sea lo cierto es que Justita se ha indentificado tanto con el modo de ser de su amo, que puede decirse que ella es otro señor de Borrego con faldas. ¡Vamos, la misma persona! el mismo modo de pronunciar las e, es idéntica manera de arquear las cejas y poner la cara triste para decir continuamente: «los tiempos están malos, muy malos! el dinero está por las nubes!»

¡Sobre todo la inflexión de la voz, es la misma de su amo!

¡Y cuidado si es difícil imitarla! Porque la voz del señor de Borrego, es una voz meliflua, insinuante, simpática, que se va derecha al corazón del que lo escucha.

Cuando habla, entorna los ojos como quien está poseído de cierta timidez, ó le molesta la luz. Si habláis con él no os mirará cara á cara ni una sola vez, pero estad seguros de que no se le oculta ni un detalle de vuestra persona. Un escritorillo vecino suyo, grande aficionado á hacer frases, dice de él: «Ese antiguo comerciante, es un terrible buitre que arrulla como una tórtola y tiene el cinismo de dejarse llamar borrego».

Ya he dicho que el amo de Justita ha modificado algunas de sus antiguas costumbres, pero me olvidé de consignar esto: que ya muy raras veces toma café en los puestos ambulantes. Ahora por lo general lo prepara él y lo toma en casa. ¡Ah! y que tampoco cuenta ya los garbanzos que traen del mercado, sino que los pesa como todo cuanto entra en su despensa.

Por lo demás, sigue siendo el mismo.

Es cristiano viejo á macha martillo. En su casa siempre se come de vijilia; y no es por ahorrarse de gastar en carne; nada de eso; lo hace por adquirir costumbre y no tener que violentarse los días de precepto, y sobre todo para evitar las digestiones difíciles. ¡Si sabrá él lo que se hace!

Madruga mucho; acompaña á la criada á hacer la compra, luego oye una misa, ó dos, si á mano viene; después toma el desayuno, y enseguida á trabajar, á trabajar como un negro, es decir, á sacar de apuros á un ciento de personas que van diariamente á su casa á que les preste su dinero... á cuenta de fincas, de granos y de otras infinitas cosas que estoy seguro que maldito si le importan á él tres cominos!

Por la noche al rosario ó á la novena, si la hay; y á las nueve á casita á acostarse. Casi siempre se queda dormido el santo varón, con un padre nuestro entre los labios, pidiendo á Dios que eche pronto sus luces, para poder seguir él siendo útil á sus semejantes, prestándoles miles y miles de reales con... un cincuenta por ciento de interés.

ANTONIO FERNANDEZ NAVARRO

## ¿QUÉ HAGO?

A MI AMIGO EL DISTINGUIDO DIRECTOR DEL «DON QUIJOTE», D. JOSÉ MARI ESTEVAN

Un consejo me es preciso; no se muestre usted indeciso, sálveme usted por favor, que estoy en un compromiso de los de marca mayor.

Con su gran discernimiento me salvará usted al momento del pesar que me emociona, y por eso se lo cuento, porque es usted una persona de muchísimo talento.

Es el caso, don José, que el lunes por la mañana salí, yo no sé por qué, aunque supongo que fue porque me dio la real gana.

Forjaba mi mente los sueños de qué es tan rica, cuando de manos á boca tropecé con una chica.

¿Qué andar tan zaragatero? ¿qué cuerpecito! ¿qué ficha

Y qué rostro retrecheró!...  
¡Vamos, qué era una muchacha  
con muchísimo salero!  
Como ya supondrá usted,  
me fui siguiendo su pista  
y me miró y la miré...  
¡Pensé que era una conquistista,  
mi querido don José!

Me acerco al fin y la digo:  
"Señorita,

dese: ría ser su amigo,  
porque es usted muy bonita,  
y si usted me necesita  
ya puede contar conmigo.

Pero ella, sin educación,  
contestó á mi introducción  
impertinente y grotesca  
y alentaba mi pasión,  
y me llamaba *pichón*...

¡y se quedaba tan fresca!  
Mi intimidad era escasa,  
y cuando llegué á su casa  
en separarme pensé,  
pero ella me dijo: ¡Pasa!  
y era natural, pasa.

Subimos... Recuerdo ahora  
que en su cuarto había sentada  
á su mamá, una señora  
atenta y bien educada,  
mas como mi chica, nada,  
porque estaba encantadora.

¡Cuanto halagó tentador!  
¡cuanta caricia inocente!  
¡qué idilio tan seductor!  
¡aquello sí que era amor  
hasta la pared de enfrente!

Me llamó ella *vida mía*,  
y yo loco de alegría,  
mi amor propio satisfecho,  
le dije que la quería...  
¡Usted no lo hubiera hecho,  
señor don José María!

Me encontraba ya de un modo  
que dispuesto al fin a todo,  
allí, solitos los dos,  
con lenguaje ligo... ¡Ah! no  
la pide su blanca mano  
sin encomendarme á Dios.

¡Mi petición algo ruda  
de él, al principio...  
mas de su amor me vió esclavo

y me aceptó, al fin y al cabo,  
de su mamá con la ayuda.

Pagó mi amor con exceso  
clavando en mí, en su querella,  
sus ojos como dos ascuas,  
y yo es claro que por eso  
iba al separarme de ella  
más contento que unas Pascuas.

Estando todos conformes,  
en que fuera mi mujer,  
decidí tomar informes  
y los hallé, pero enormes,  
como ahora vá usted á ver.

¡Ay! mi suerte desgraciada,  
don José, me desespera,  
pues resulta que mi mamá  
no es viuda, ni casada,  
ni soltera.

¡Que esto le pone en un poltro!  
¡Me pregunta usted que era?  
Pues... ¡lo otro!

Ya ve usted si es tránce fiero  
lo que acabo de contar  
y si con razón me altero,  
porque el caso es que la quiero  
¡no lo puedo remediar!

A este mi cariño estrecho  
no hay una pasión que iguale.  
Está el casorio deshecho  
y el amor... ¡dale que dale!  
no quiere salir del pecho.

¡Que hago, señor don José?  
Téngame usted compasión  
ya que se ha enterado usted  
de mi triste situación.

¡Sálveme usted, por piedad,  
imaginando algún medio,  
que aquí, con seguridad,  
tiene que ser el remedio  
mejor que la enfermedad.

Yo sé de un medio seguro  
para recobrar mi calma,  
y resolver el apuro,  
pero... ¡ay, don José del alma!  
ese medio es... ¡medio duro.

Muy duro, si, y es preciso  
buscar camino mejor.  
No se inuestre usted indeciso  
y sálveme por favor,  
que estoy en un compromiso  
de los de marca mayor.

CARLOS FELICES ANDUJAR.

## MÚSICA CELESTIAL

¡Ojo al Cristo!

Los señores suscritores de fuera de la capital que  
no hayan abonado el importe de su suscripción por el  
mes de Setiembre antes del día quince del actual, de-  
jarán de recibir el número.

Lo que participamos á ustedes para su conoci-  
miento y efectos consiguientes.

Cero y van diez mil quinientas.

La banda de música se ha disuelto de nuevo.

Lo cual que ya hemos perdido la cuenta de las  
veces que ha sucedido eso.

Y sin embargo se organizó al poco tiempo.

Y resultó que todo era *música*.

Dice *Mecathis*, el ingeniosísimo dibujante y chis-  
peante escritor, en el *Don Quijote*:

«El frío se acerca á pasos agigantados.

El frío, ese compañero de la miseria, que diría  
un poeta chifle.

El frío, esa especie de gacetillero que se cuela  
por el ojo de una aguja.

Y todos son á queja de del frío.

Y por qué pregunto yo.

Si, señor, ¿por qué han de quejarse? ¿Creer esos  
infelices andrajosos que vemos en invierno, que á mi  
me dan lástima?

Pues no, señor.

Ellos dirán que tienen frío, pero eso no es nada  
mas que gana de hablar.

A mí no me la dan.

Los sabios niegan la existencia del frío.

De modo, que ¿donde está el frío?

En ningún lado.

Lo que hay es que unas veces hace calor y otras  
no.

Lo demás es un infundio.

Han entrado á formar parte de la Redacción de  
este periódico nuestros ilustrados amigos los conoci-  
dos escritores D. Antonio Torres y Hoyos y D. José  
Rocafull y Montes.

Una chica en Marbella

murió por atracarse de paella,

y otra de Zurrioles

tuvo una indigestión de caracoles.

Así, lectoras bellas,

no comáis caracoles ni paellas.

Por usar calcetines, á Juan Pones

le han salido catorce sabañones,

y por no usarlos nunca á Luis Ceballos

se le han puesto los piés llenos de callos.

Así, lectores bellos,

no andéis con calcetines ni sin ellos.

Además de los expresados en nuestro segundo  
número, han correspondido á nuestra visita los pe-  
riódicos siguientes:

*La Provincia*, de Córdoba; *El Criterio Murciano*,  
de Murcia; *El Rompecolas*, de Cartagena; *El Matin*, *La*  
*España Artística y Demi-Monde*, de Madrid; *La Lin-*  
*terna*, de Tánger; *El Ateneo* y *El Eco Literario*, de  
Málaga; *Juan Paloma*, de Cadiz; *El Pandero*, de Ju-  
milla; *El Iris* y *Extremadura Literaria*, de Bada-  
joz; *La Comasa*, de Barcelona, y *Sancho Panza* de  
Valencia.

¡Agradeciendo, compañeros!

## CORRESPONDENCIA

Sr. D. J. A. O.—Garrucha.—Recibido el importe de un trimes-  
tre.

Sr. D. J. M. I.—Adra.—Idem, idem, idem.

Sres. D. A. S. M.—Tahal.—D. C. L. T. y D. A. G. G.—Madrid  
—D. J. L. T.—Viator y D. J. P. C.—Canjajar. Satisfechas sus sus-  
cripciones por el mes de Setiembre.

Sr. D. E. G. A.—Alhama.—Recibida su carta con el importe  
de doce recibos. Gracias por todo.

Castigo: Almería.—Las composiciones para publicarse, han de  
ser, ante todo, festivas, y después todo lo menos largas que se pue-  
da.

*El Barba*, Almería.—Lo mismo digo de los artículos: cuatro  
cuartillitas... y basta. Este está bien hecho; pero...

*José*, Almería.—No tan picantes, José!

No se publica y lo siento

porque eso... ¡es muy capaz de

ruborizar á un sargento!

ALMERIA

TIPOGRAFIA DE CORDERO Hermanos

LAS BUENAS HEMBRAS



¡Nada! los años se van  
y solo quedan las huellas  
¡Los hombres! ¡buenos están!...  
¡Qué bien estarán aquellas  
en el harem del Sultán!

*Beduian*